

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

EL PERIODISTA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

José Torre Revello

Pedro Mártir de Anglería fué un ilustre humanista que con espíritu avizor recogió en sus escritos cursados en forma de cartas, cuanto hecho de importancia aconteció en su tiempo en España, país donde se radicara. Tuvo el raro privilegio de conocer personalmente a cuantos hombres ilustres ocuparon el primer plano de los acontecimientos que narró, pudiendo dar así calor de crónica vivida a sus notables epístolas. Esa circunstancia, ha convertido a sus escritos en necesaria fuente de consulta, asignándole la posteridad al autor, el título de periodista que lo distingue y ubica por el género de crónica que realizó. Sus amenas epístolas recogen con carácter informativo los hechos extraordinarios ocurridos en su tiempo, que por razones obvias de explicar le asignan valor permanente en la historiografía española y americana. Un autor español —J. García Mercadal— expresó que Anglería escribió sus obras “como si presintiese el espíritu periodístico, complaciéndose en la amenidad y entretenido de lo pintoresco, sin cuidar mucho el estilo y sin temer gran cosa a las rectificaciones”.

Además de obtener directamente Pedro Mártir de Anglería, en lo que respecta al Nuevo Mundo, referencias verbales que los actores de ese extraordinario descubrimiento le suministraron, contó asimismo con algunos escritos originales emanados de los mismos personajes, debido a los altos cargos que desempeñara en la corte española.

Tan estimadas eran sus epístolas, que copias manuscritas de las mismas figuraron en importantes bibliotecas privadas de encumbrados personajes de su tiempo y algunas de esas cartas fueron impresas sin la anuencia del autor, alcanzando una gran difusión. Posteriormente autorizó Anglería la estampación de varias de sus epístolas, en particular las que se referían al descubrimiento de América, convertidas ya, en décadas, asegurándose que en ellas se introdujeron modificaciones que le hicieron variar el prístino sabor pero conservando, no obstante lo expresado, interés sumo para la historia de su época.

Marcelino Menéndez y Pelayo, refiriéndose a los hechos que acabamos de exponer, agregó que por desgracia las epístolas no se poseen en su forma primitiva, manifestando que su autor las retocó “cuando había

perdido ya la memoria de muchos incidentes” e incluso agregó que alguna mano desconocida se debió permitir graves interpolaciones en los textos.

Pedro Mártir de Anglería descendía de una ilustre familia de Milán, al parecer venida a menos económicamente. Vió la luz en la villa de Arona, a orillas del Lago Mayor, el 2 de febrero de 1456. Gracias a su talento personal supo abrirse camino, pasando a Roma cuando frisaba los cuatro lustros de edad, granjeándose de inmediato en dicha ciudad afectos y amistades de altas personalidades.

Según ciertas informaciones, resolvió trasladarse a España en 1487, debido a precisas indicaciones del cardenal vicescanciller vizconde Ascano Sforza-Visconti, según otras noticias, debido a una invitación del entonces embajador de los Reyes Católicos en la ciudad eterna, conde de Tendilla (Iñigo López de Mendoza), más tarde virrey de Granada, que fué quien en Zaragoza lo introdujo en la corte, presentándolo a la reina Isabel de Castilla, recibiendo desde entonces toda clase de atenciones, que le hicieron grata su permanencia en España.

El cardenal Ascanio cuando Anglería partió de Italia, le pidió que lo tuviera al tanto de los acontecimientos que pudieran ocurrir en el país de los Reyes Católicos, en la loable empresa de doblegar la media luna y de expulsar a sus últimas huestes de la península española. El propio Anglería dejó escrito que se trasladó a España con el anhelo de presentiar la guerra que la nación católica iba a emprender “contra los enemigos de nuestra fe, y porque joven yo y ansioso de novedades, no veía en Italia cosa en que pudiera alimentar mi ingenio por las discordias de los Príncipes”. Consideraba que la Providencia lo había llevado a España, para registrar en sus escritos los grandes acontecimientos que en su tiempo viviera la cristiandad: la expulsión de los moros, la unificación de la patria de Cervantes y el maravilloso descubrimiento de un nuevo mundo.

Después de rendida Granada y limpia la Madre Patria de la “mala semilla mora, para no pasar la vida en ocio indecoroso —escribió Anglería— pensaba volverme a Italia; pero me retuvo la singular benignidad que me mostraron los Reyes Católicos”.

En seguida habría de vestir los hábitos sacerdotales y se consagraría —al decir de algunos autores— a la enseñanza y educación de los niños que formaban en el séquito real, aunque el título que nosotros conocemos, otorgado en 1502 por la reina Isabel la Católica, lo menciona como “maestro de los caballeros de mi corte, en las artes liberales”. Fué Anglería enviado por los reyes de España en calidad de embajador ante las autoridades del misterioso país del Nilo, y es probable que después desempeñara otras funciones similares en otros lugares a favor de la cristiandad.

En su carrera sacerdotal alcanzó Pedro Mártir de Anglería la digni-

dad de Abad de Jamaica, que no llegó a ocupar. Cuando el emperador Carlos I de España organizó el Consejo Real de las Indias, lo designó entre los primeros ministros que integraron ese cuerpo, habiendo actuado desde años atrás —1520— según lo señalara Antonio de León Pinelo, en la primitiva Junta que intervenía en los asuntos de América, continente que Anglería conocía como pocos, a través de las referencias que le habían suministrado sus propios descubridores, funcionarios reales, clérigos y frailes, artesanos y menestrales y tantos otros hombres más que la pasión por lo desconocido les hizo abandonar la tierra de sus mayores y recorrer mundos inexplorados en busca de aventuras y glorias. Debíó ser Anglería, hombre afable y conversador, que ganaba la cordial simpatía de cuantas personas le trataban, cualidad que se desprende de la lectura de sus escritos.

Otro cargo de suma importancia que desempeñó Anglería fué el de Cronista Real, cuyo título le fué extendido en Valladolid a 5 de marzo de 1520.

Mucho se alegraba el ilustre humanista de haberse radicado en forma definitiva en España. Así lo dejaba entrever en 1516, cuando iba a cumplir seis decenios de existencia y cerca de seis lustros de residencia permanente en la nación hidalga por excelencia, al decir que en ninguna otra parte del mundo, se llevaban entonces a cabo las grandes empresas que allí se organizaban y cuanto “desde el principio del mundo se ha hecho y escrito es poca cosa, a mi ver, si lo comparamos con estos nuevos territorios, estos nuevos mares, esas diversas naciones, que día tras día ensanchaban los horizontes de todo lo español.

Cuando Cristóbal Colón inició el viaje que lo llevaría a realizar el portentoso descubrimiento que inmortalizaría su nombre, Pedro Mártir de Anglería se hallaba en Granada con los Reyes Católicos. Allí conoció personalmente a Colón y aunque no nos dejó ninguan versión literaria de su figura, como lo hiciera años después el venerable fray Bartolomé de las Casas, sin embargo, en repetidas ocasiones en que se refirió al ilustre genovés dejó constancia de su patria ligur. Señalemos ahora que a partir de la celebración del cuarto centenario del gran descubrimiento, autores viciados del prurito de la novedad la intentaron negar. No obstante, la patria ligur de Colón ha quedado demostrada con documentos fehacientes que testimonian la veracidad de su nacimiento en Génova, como en alguna oportunidad y en forma solemne, él mismo lo manifestara por escrito y que ya en su tiempo, sin ponerla en duda, lo expresó por su parte el humanista lombardo.

Muchos otros marinos y aventureros conoció Anglería cuando retornaron de las fantásticas Indias Occidentales a España, a dar cuenta de los extraordinarios viajes que realizaron —asombro del mundo viejo— y

de hechos que entraban en el terreno de lo hipotético, en la lucha tenaz que se sostenía entre lo posible y lo imposible.

Todo cuanto oía Pedro Mártir de Anglería tenía el buen cuidado de anotarlos y referirlos en sus cartas, documentando así para la posteridad el hecho histórico que le narraban sus contemporáneos. El mismo expresó en cierta ocasión el juicio que le merecían sus escritos. Después de decir que sólo alabanzas merecía España por los descubrimientos que realizaban sus hijos y sobre los cuales escribía “coleccionando estas cosas sin aliño... porque yo no sé adornar cosa alguna con más elegantes vestidos y también porque nunca tomé la pluma para escribir históricamente sino para dar gusto, con cartas escritas de prisa a personas cuyos mandatos no podía pasar por alto”.

Las personas a quienes Anglería se refería y a las que enviaba sus epístolas relativas a los asuntos de América, —a partir de 1493 hasta 1525 o sea un año antes de su fallecimiento— fueron entre otros los pontífices León X, Adriano VI y Clemente VII, el cardenal vicecanciller vizconde Ascanio Sforza-Visconti, cardenal Luis de Aragón, conde de Tendilla (Iñigo López de Mendoza) virrey de Granada, duque de Milán y tantos otros personajes más.

Anglería, en carta que remitiera al que fuera su protector, Juan de Borromeo, conde de Arona, en 21 de octubre de 1494, le manifestaba que había comenzado a escribir acerca del descubrimiento que realizara Colón, del que decía que se trataba “de una cosa tan grande” de la que esperaba no omitir nada que fuera digno de memoria.

No era esa ocasión precisamente la primera vez que Anglería se refería a Colón y a su descubrimiento, lo que ya había hecho en la carta que dirigiera a su protector y amigo el cardenal Ascanio Sforza-Visconti, fechándola en la corte de España a 13 de septiembre de 1493. Es de gran interés histórico esta notable carta, por la cantidad de pormenores que suministra con respecto a los productos naturales totalmente desconocidos que llevaron a España las naves colombinas. Cita entre ellos a las ages (batata) y a la yuca (mandioca) que tanto llamaron la atención de los expedicionarios por su valor alimenticio y ciertos granos de variados colores de formas rugosas “más picantes que la pimienta del Cáucaso”. Transcribe también algunos vocablos indígenas con sus respectivos significados, dando además amplias referencias sobre vida y costumbres de los naturales del Nuevo Mundo, obtenida a través de las conversaciones que sostuviera con aquellos hombres, que habían vuelto de los misteriosos países que apenas fueron descubiertos por los europeos, entraron en seguida en el campo de la leyenda.

Es interesante señalar que Anglería, al referirse a la partida de la segunda expedición de Colón, recuerda los diversos géneros de plantas y animales que se cargaron en las diez y siete naos que la formaban, no

sólo para sustento de los hombres que transportaba con destino a la fundación de ciudades y villas, "sino también para sembrar" y asimismo fomentar la procreación de los segundos, agregando que los artesanos que se embarcaron en los navíos llevaban consigo "toda clase de herramientas con el propósito de levantar una ciudad". El destinatario de la carta recibió con gran satisfacción las primicias que le trasmitía Anglería; lo que se deduce por la siguiente referencia, que lleva otra fechada el 29 de abril de 1494, que el humanista lombardo encabeza con el párrafo siguiente: "Me repites, ilustrísimo Príncipe, que deseas conocer las cosas del Nuevo Mundo que en España suceden, y me has insinuado que te agradó lo que hasta ahora escribí de la primera navegación".

Al Papa León X dió cuenta del descubrimiento del Yucatán, que según nos informa Federico Gómez de Orozco, son las primeras noticias que se conocieron en Europa sobre México. En ellas abundan interesantes referencias sobre ciudades, costumbres de sus habitantes e industrias, confirmadas después en otras fuentes escritas de la época. Fallecido León X, la década consagrada a la conquista de México, la dirigió Anglería al sucesor de aquél, Adriano VI, haciendo constar en su escrito la circunstancia que lo llevaba a ofrecérsela. En ese lugar recuerda cómo pudo Hernán Cortés vencer a las huestes de Moctezuma, debido, agrega, a la novedad del "estruendo y el vomitar llamas de los cañones con el olor de azufre, que ellos creían truenos y rayos traídos del cielo por los nuestros; y no les atemorizaba menos el acometer de los caballos pues creían que era un solo animal el hombre y el caballo en que iba, como lo cuenta la fábula de los centauros". Anglería describe pormenores interesantes de la ciudad de Tenustitana como él la llama o bien Tenochtitlán como la mencionan sus contemporáneos y del primer encuentro que tuvo Cortés con el emperador de los aztecas, como así también de los hechos que se sucedieron con descripciones de edificios, trajes, joyas y costumbres aunque en muchos de esos aspectos vuela un poco la fantasía que no debió ser sin duda floración espontánea del insigne cronista, aunque sí, excesiva credulidad de las cosas que le contaron.

Al mismo Pontífice comunicaría después Anglería la noticia referente a la primera vuelta al mundo, iniciada por Magallanes y terminada por su segundo Sebastián Elcano, confirmándose entonces la redondez de la tierra y la rotación de la misma en torno del Sol. Ahora diremos que dos son las obras capitales de Pedro Mártir de Anglería, sin mengua de otros escritos suyos que no entran en la órbita de nuestros propósitos comentar, que llevan los títulos siguientes: *Opus Epistolarum* y *De Orbe Novo Decades*. De la primera, refiere Menéndez y Pelayo que mientras otros latinistas de su tiempo trataban de renovar las formas clásicas de la historia, Anglería "escribía día por día, en una latinidad muy abigarrada y pintoresca, llena de chistosos neologismos, cuanto pasaba a su

lado, cuantos chistes y murmuraciones oía, dando con todo ello incesante pasto a su propia curiosidad siempre despierta”. Agrega que tenía la gran cualidad para su oficio “de interesarse por todo y no tomar excesivo interés por ninguna cosa, con lo cual podía pasar sin esfuerzo de un asunto a otro y dictar las cartas mientras le preparaban el almuerzo”. La vida era para el insigne humanista —al decir del mismo Menéndez y Pelayo— como “un espectáculo curioso, gozó ampliamente de cuantos portentos le brindó aquella edad, sin igual en la historia; y estuvo siempre colocado en las mejores condiciones para verlo y comprenderlo todo, desde la guerra de Granada hasta las revueltas de las Comunidades...”

A su vez, Joaquín Torres Asensio, traductor al castellano *De Orbe Novo*, expresó que “don Pedro Mártir de Anglería reúne las mejores condiciones que pueden concurrir en un historiador para que resulte autorizado su testimonio. Escribe en España sobre asuntos españoles y es extranjero y así no está influído sino por la fuerza de la verdad”.

En cuanto B. Sánchez Alonso, con respecto a *Opus Epistolarum* agrega que es valiosa por “las luces que nos suministra sobre la psicología de Fernando, Isabel, Juana la Loca y en general sobre personas encumbradas que él trató con intimidad”. Reúne esta obra 812 cartas, puestas en forma cronológica a contar desde 1488 hasta 1525.

De Orbe Novo Decades, se consagra a América íntegramente. Como dice Sánchez Alonso, “no hay diferencia esencial entre la manera de tratar los asuntos en las cartas y en las décadas”. En éstas reúne, tratando con mayor extensión, las noticias que va conociendo con relación al Nuevo Mundo. “No se trata de una obra concebida en conjunto, sino elaborada a medida que los descubrimientos se realizan y las informaciones se reciben. Prescinde de toda clase de antecedentes”. Se trata de una obra parecida en su género a la anterior, aunque de forma y disposición distinta. En aquélla refirió mucho de lo que veía de cerca, y en ésta lo que otros testigos u actores le referían y por lo tanto no siempre ajustada a la realidad de los hechos. A lo dicho se agrega que las *Décadas*, aunque basadas en sus propias epístolas, tuvieron una elaboración lenta. En 1520 tenía terminada Anglería la tercera y dos años después anotaba que estaba escribiendo la cuarta que dedicó al Papa León X, y en cuya *Introducción*, expresaba al Pontífice Máximo, que las tres primeras *Décadas* “ya hace tiempo se enviaron a Vuestra Santidad, las cuales comenzaron desde el año 1492 y terminaron el 1516”. La obra consta de ocho décadas y alcanza el año 1525. Si a lo dicho anteriormente, agregamos, que al parecer el autor, en las cosas de América fué variando de opinión en algunos casos, haciendo modificaciones en sus escritos, además de aquellas otras, que pudo introducir una mano desconocida como escribió Menéndez y Pelayo. Teniendo en cuenta, además, que en forma completa dividida en ocho décadas, como hoy se la conoce, fué impresa recién cuatro años des-

pués de muerto su autor, no es dudable algunas de las sospechas mencionadas.

No obstante cuanto hemos expresado, la obra de Pedro Mártir de Anglería ha pasado a la posteridad prolongándose en el tiempo por los elementos de carácter histórico que posee. Como dijéramos al comienzo, Anglería se ha ganado el título de periodista por el género original que practicó para difundir las importantes noticias de su tiempo, que lo hermanan con quienes a diario, en nuestros días, en crónicas o sueltos, ponen las novedades y ocurrencias de las que son testigos, o bien que recogen las referencias trasmitidas por otros que las presenciaron directamente.

En la bella ciudad de la Alhambra, que bañan canturrientos el Genil y el Darro, el ilustre humanista italiano que hemos recordado, viendo llegar la hora postrera de su partida, extendió su testamento el 23 de septiembre de 1526. Dos semanas más tarde —7 de octubre— entregaba su alma a Dios, en ese mismo lugar, que siendo otrora baluarte de la morisma, entró triunfante con las huestes de la cristiandad, al ser rendida la plaza por los católicos monarcas, doña Isabel de Castilla y don Fernando de Aragón.

NOTA INFORMATIVA. — Las obras capitales de Pedro Mártir de Anglería ya se ha dicho son dos: *De Orbe Nouo Decades* y *Opus Epistolarum*. *De Orbe Nouo* consta de ocho décadas o partes, que reúnen cada una diez libros. Según nos informa José H. Sinclair, fragmentos de la primera década con otros escritos, sin permiso del autor, fueron vertidos al dialecto veneciano, imprimiéndose en 1504 y reimpresos en Viena en 1507. En Sevilla en 1511, con un mapa del Nuevo Mundo, trabajado en xilografía, se hicieron dos ediciones que reproducen los diez libros que integran la primera década, que también fueron impresos sin autorización del autor. Recién en 1516, autorizada por Anglería, en Alcalá de Henares se tiraron las tres primeras décadas; la cuarta, se imprimió por primera vez en Basilea en 1521. La primera edición completa se efectuó, muerto el autor, en Alcalá de Henares, en 1530. El *Opus Epistolarum* consta de 38 libros con 812 cartas y fué estampado en el mismo lugar y año. Cfr.: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Quito, 1930, volumen X, pp. 18-43; *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago de Chile, 1931, tomo LXVIII, pp. 186-219 y en la reimpresión de la traducción castellana de Joaquín Torres Asensio de la obra de Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, 1944, pp. XXIII-LII.